

Desde mi Buhardilla

LA HUMILDAD DE GABRIELA MISTRAL

Por GUSTAVO RIVERA FLORES

Lucila Gedoy siempre aspiró a ser una maestra, la más humilde de todas, porque nunca er yo un ser de alto nombre. Llegar a convertirse en una maestra fue su más gran anhelo. Desde niña sonó con serlo, en la escuela de La Compañía, enseñando a los obreros: en las afueras de Chiquibío, en la escuela rural de La Cautera, entre niños desahucados, impartiendo el pan espiritual de su saber en tanta comunión con la naturaleza. Allí resplandecía como una diosa, como esas figuras milológicas ennoblecidas por el don poético.



Como todas las mujeres también soñó con un amor ideal en medio del campo y la montaña, el amparo de la pureza del cielo de su amado valle de Elqui.

Pero el día estaba señalado. Y ese amor debió partir. Desde entonces su dolor se hizo cantar.

Malas manos tomaron la vida desde el día en que, a una señal de astros, dejara su plantel nevado de perezosas. En goro florecía. Malas manos entraron trágicamente en él.

(Sonetos de la muerte)

Nació así Gabriela, la trágica, la dulce, la maestra de maestra, la viajera que va dejando caer por todos los caminos la semilla de su dolor. Pero si ese amor se convirtió en un motivo de inspiración, otros anhelos más tarde se hicieron realidad.

Todas íbamos a ser reinas
de cuatro reinos, sobre el mar,
Rosalia con Eligenia
y Lucila con Soledad.

(Todas íbamos a ser reinas)

El tiempo y el amor floreció en su cantar.

Ya en la mitad de mis días espigo
esta verdad con frescura de flor;
la vida es oro y dulzura de trigo,
es breve el odio e inmenso el amor.

Ahora no sólo comprendo al que reza

Ahora comprendo al que rompe a cantar.

(Palabras serenas)

Tantas heridas: del amor, del desengaño, de la envidia, con todas ellas partió hacia otras tierras con la comprensión de unos pocos. Eso sólo le bastaba, lo demás le llamaba en su genio de mujer incomparable. Su cantar se hizo grito de protesta, de soledad en su inmensa ternura de madre.

¡Un hijo, un hijo, un hijo! Yo quise un hijo...
¡Cuyo

y mío, allá en los días del exánimo ardiente,
en los que hasta mis huesos temblaron de in

y un ancho resplandor creció sobre mi frente.

(Poema del hijo)

Se cumplieron las señales de astro,
La humilde maestra fue coronada reina, allá
en el reino de la inmortalidad.

Y Lucila, que hablaba a río,
a montaña y cañaveral,
en las lunas de la lejana
recibió reino de verdad.

Después regresó a su patria a despedirse, ya enferma, cansada de tanto caminar. Quien escribe esto, tuvo la suerte de convivir con ella, escuchar su palabra que expresaba su amor a Montegrande, su valle querido donde hoy duerme a la luz de la eternidad.

Murió en país lejano, pero su cuerpo fue traído a integrar su tierra amada. Así se cumplieron sus proféticas palabras, los versos de sus Sonetos de la Muerte.

Este largo cancionero será mayor un día,
y el alma dirá al cuerpo que no quiere seguir
arrastrando su masa por la rosada vía,
por donde van los hombres contentos de vivir...

Sentirás que a tu lado cavan brevemente,
que otra dormida llega a la quieta ciudad.
Esperaré que me hayan cubierto totalmente...
¡Y después hablaremos por una eternidad!

General Canales se refiere a su retiro [artículo]

FECHA DE PUBLICACIÓN

1972

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

General Canales se refiere a su retiro [artículo]

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile